

BEN MERCER. *Students Revolt in 1968. France, Italy and West Germany*. Cambridge: Cambridge University Press, 2020, 268 pp.

DOI: <https://doi.org/10.20318/cian.2022.7003>

Los años sesenta vienen siendo, ya desde hace unos años, un espacio de trabajo sumamente interesante en la historiografía europea. Los nuevos marcos aportados por los enfoques globales y transnacionales han contribuido a traslucir el mapa de relaciones e interacciones entre contextos y militancias, ampliando la base de los espacios nacionales como centros exclusivos de análisis e interpretación. Ese carácter global, sin embargo, y afortunadamente, no ha descuidado la importancia de los espacios locales. Los trabajos de Gerd-Rainer Horn, Martin Klimke, Belinda Davis o Timothy Scott Brown han sabido recorrer con habilidad el anclaje de ambos marcos, con resultados notables en la elaboración de marcos interpretativos y afianzando la renovación de estudios todavía en marcha en torno a la década.

En estas líneas renovadoras se situaría el libro de Ben Mercer, el cual abarca los años precedentes a 1968 en tres casos concretos de estudio, la facultad de Letras y Ciencias Humanas de Nanterre, el Instituto Superior de Ciencias Sociales de Trento y la Universidad Libre de Berlín, poniendo el foco en los procesos y fenóme-

nos que permitieron la construcción de repertorios de movilización e innovación políticas y culturales por parte de la juventud universitaria europea. Lo hace a través de tres centros de enseñanza superior contruidos tras la II Guerra Mundial que, por su naturaleza renovadora y tendencias modernizadoras, facilitaron la apertura de cauces en los que se manifestaron las ambigüedades, contradicciones y limitaciones de los sistemas democráticos. En este sentido, a partir del trabajo de fuentes primarias de los tres países, el autor sitúa e integra los esfuerzos transformadores del estudiantado en el recorrido de las dinámicas democratizadoras de la modernidad, subrayando la elaboración de ideas de democracia alternativas y que entrarían en abierto conflicto con el modelo democrático europeo de posguerra.

A este respecto, la primera parte del libro ofrece una panorámica sobre una serie de cuestiones de fondo, determinantes en la progresiva adquisición de una conciencia social y política por parte del estudiantado. Para ello, se vale de fenómenos y procesos que vienen a aportar nuevas perspectivas al estudio de la movilización universitaria. Uno de ellos sería la falta de programas de renovación y financiación por parte de las autoridades políticas y académicas ante la profunda transformación de la universidad desde mediados de los años cincuenta. Más bien, ante el

progresivo proceso de masificación, medidas como la reforma Fouchet en Francia, impondrían medidas de selección, como exámenes de acceso o la reducción del período de permanencia en los estudios, que facilitarían el cuestionamiento por parte del estudiantado de una verdadera voluntad democratizadora en la enseñanza universitaria.

El señalamiento de aquellas limitaciones se llevaría a cabo, igualmente, en el terreno puramente académico, en torno a la naturaleza de una disciplina, la sociología, impulsada en los tres centros como herramienta asociada al avance de la administración pública y las necesidades de gestión técnicas de los estados. Más allá de su valor puramente tecnocrático, la sociología adquirirá una relevancia determinante en la adquisición y desarrollo de una metodología analítica y profundamente crítica por parte del estudiantado. De hecho, serán los centros de Nanterre, Trento y Berlín donde surgirán las primeras protestas en sus respectivos países, muchas veces relacionadas con la elaboración de los planes de estudio en los que confrontaban las dos maneras de entender la disciplina sociológica.

Esas diferencias se manifestarían de manera muy acusada en Trento durante la segunda mitad de los años sesenta, generando protestas por la exclusión del estudiantado de la elaboración del currículum académico,

y que desembocarían en la primera ocupación de la facultad en 1966. A este respecto, el autor señala la capacidad performativa de aquellas nuevas estrategias basadas en la conquista del espacio y del discurso. Es más, la participación activa en asambleas autoorganizadas por los propios estudiantes ejercería de correa en la articulación de nuevas subjetividades, situando lo personal en sintonía con el terreno de lo político, contribuyendo a la reelaboración de este último como una de las herencias más señaladas de aquella década.

Aquella nueva cultura participativa y de autonomía favoreció, por otro lado, la reconfiguraron de los códigos y las modalidades de autoridad en el terreno académico y cultural. En este último, el acceso a la enseñanza superior de unas clases medias en expansión sostuvo una creciente democratización de la cultura, manifestada en la proliferación de las ediciones de bolsillo, que contribuyó de manera decisiva a ampliar las vías de recepción de productos antes reservados a las clases privilegiadas. Sobre ese fondo se operó una erosión de las jerarquías entre baja y alta cultura por parte del estudiantado, encauzada a través de estrategias de desacralización basadas en la informalización del lenguaje, la transgresión o la provocación.

Este tipo de estrategias venían a replantear las modalidades de autoridad y de jerarquización en el te-

rreno cultural, pero también en las relaciones con el profesorado y las autoridades académicas. Con todo, aquel empuje se trasladaría al resto de marcos sociales en los que el estudiantado evidenciaba los obstáculos y restricciones de los espacios de participación oficiales. En este aspecto, el cierre de oportunidades de acción dentro las organizaciones estudiantiles nacionales, junto a la creciente radicalización política del movimiento estudiantil, llevaron a una superación de aquéllas hacia nuevas organizaciones políticas y a su desaparición o reconfiguración a finales de la década y comienzos de la siguiente.

No obstante, el autor mantiene un notable enfoque desmistificador, señalando las propias contradicciones y límites de las propuestas de radicalidad cultural y de democracia directa del movimiento estudiantil. A tal efecto, señala la elaboración de nuevas formas de autoridad basadas en el liderazgo carismático e intensamente masculinizado de unos pocos estudiantes, así como las dificultades para el ejercicio del debate político, cuando no su absoluta negación, o la salida hacia un antiintelectualismo, manifestado en la proletarización de algunos estudiantes en una estrategia de desclasamiento muy propio de los grupos más radicalizados. Estas matizaciones contribuyen, además, a revelar una manifiesta incapacidad por parte del movimiento estudiantil para generar espacios y alternativas

políticamente articuladas y culturalmente viables.

De lo que sí fueron capaces aquellos movimientos fue de exponer críticamente las hipocresías y contrariedades del sistema educativo universitario, extendiendo su crítica al mismo sistema social y político de posguerra. En este sentido, una segunda parte del libro estaría dedicada a la exposición de los casos de estudio ya señalados, trazando una lectura comparativa y el establecimiento de una serie de paralelismos y dinámicas comunes, a través de los procesos ya analizados. Así pues, en los tres casos las protestas se iniciarían con la reivindicación de espacios de autonomía y de democratización dentro de la universidad, que, como en el caso de Berlín, se sostenía sobre el propio modelo de autogobierno y participativo de la institución. La respuesta negativa y de carácter disciplinario desde el cuerpo académico llevaría al cuestionamiento de la autoridad de éste, así como de su misma naturaleza democrática, que desembocaría en Trento en una segunda ocupación. La intervención de la policía en abril de 1967 en el centro del norte de Italia evidenciaría el fracaso de las autoridades académicas, aportando elementos de lectura en torno al déficit democrático de un régimen en el que todavía eran visibles las herencias y permanencias del fascismo de los años treinta. Solo un mes después, la policía entraría en la Uni-

versidad Libre de Berlín, provocando con ello el aumento de las filas de un estudiantado más proclive a aceptar aquellas lecturas aportadas por los grupos más politizados en torno a la naturaleza represiva del sistema académico y político.

Por su parte, en Nanterre la ocupación del edificio de la residencia supuso un desafío a la reglamentación del espacio universitario, que ya se había producido en noviembre de 1967 cuando el decano había prohibido la proyección de una película sobre Vietnam. En este sentido, la guerra de Vietnam sería un asunto central en las movilizaciones en toda Europa, actuando de correa de encaje de una protesta local, extendida pronto al ámbito nacional, en el imaginario global de la década de los sesenta. Será en París, precisamente, donde la protesta estudiantil desencadene un estallido social en el que la participación de millones de obreros en la huelga general del 13 de mayo dirigió a los estudiantes a la acción política fuera de la universidad, desquebrajando definitivamente la separación con el espacio extrauniversitario y a una creciente politización que ahogaría las propuestas de renovación universitaria, que habían alimentado inicialmente las protestas.

Esto se vio claramente en el fracaso de las universidades críticas en las que interactuaron alternativas al sistema académico y las aspiraciones de participación y democratización del

estudiantado. Este modelo se propuso por primera vez en Berlín, por parte del SDS, como una manera de mantener la continuidad de las protestas y unir en un mismo proyecto a los estudiantes más comprometidos políticamente, desarrollando una ciencia políticamente útil y con una aplicación social transformadora, y aquellos cuya acción iba más dirigida al terreno de la cultura y la reforma universitaria. Siguiendo la línea desmitificadora ya comentada, el autor señala los problemas a los que tuvieron que hacer frente aquellos proyectos como la falta o la irregularidad de la asistencia en un estudiantado más bien pasivo, así como la incapacidad de lograr la participación de las clases trabajadoras, como meta fundamental del proyecto de una universidad popular.

Con todo, y pese a sus limitaciones y posterior fracaso, este modelo de administración autónoma de la enseñanza superior, y en general el empuje estudiantil de los años sesenta, dejaría el camino abierto a la notable transformación de las relaciones y los modelos pedagógicos en la universidad realizada durante el último tercio del siglo XX. De la misma forma, desde el cuestionamiento al propio régimen universitario extendido al conjunto del sistema político, el movimiento estudiantil supo elaborar propuestas de democratización alternativa y alumbrar nuevos espacios para la discusión y

la participación política autónoma. En definitiva, el autor acierta cuando concluye que el estudiantado de aquellos años fue capaz de reactivar las tareas democratizadoras de la contemporaneidad, dejando ver, sin embargo, las dificultades inherentes a las mismas y llevando incluso al paroxismo algunos de sus dilemas y contradicciones.

Éste, podríamos decir, es el principal aporte de una obra que desenvuelve las protestas estudiantiles de los sesenta en problemáticas históricas en el tiempo largo. Lo hace desde una perspectiva transnacional, otorgando, eso sí, un peso más destacado a los contextos y las problemáticas locales, aunque sin descuidar el desarrollo y la importancia de los imaginarios globales de la década. La centralidad de una serie de marcos nacionales y académicos permite ofrecer una detallada explicación a la articulación y el desarrollo de una cultura antiautoritaria, que localiza en el centro de la naturaleza de las revueltas estudiantiles de los años sesenta, desde pro-

blemáticas cotidianas y académicas, que alcanzarían el terreno de la política a tenor de las respuestas de las autoridades y las propias limitaciones de los órganos de representación y participación oficiales.

Por último, merece la pena señalar, a modo de conclusión que algunas de aquellas dinámicas fueron igualmente apreciables entre el estudiantado español. Fenómenos similares a los descritos por el autor alimentaron las protestas universitarias durante el franquismo. Del mismo modo, aquellas expectativas utópicas de transformación política y social formaron parte del imaginario de una buena parte de la militancia universitaria. Situar el caso español en un marco transnacional similar al propuesto por esta y otras obras recientes es posiblemente una de las vías de estudio con más proyección dentro de los estudios sobre las movilizaciones sociales bajo el franquismo.

Daniel Canales Ciudad  
Universidad de Zaragoza